



El valor mágico de la palabra

ALVARO GALMES

Desde la época preislámica, la palabra, para el pueblo árabe, tiene un valor mayor que en ninguna parte. Virgil Gheorghiu ha puesto de relieve el poderío del verbo en el mundo de los árabes: para ellos el don más importante es el de la palabra. El árabe ha recibido el don de modelar en la palabra, y con la palabra, todo lo que los otros modelan con la piedra, el metal, el mármol, la seda, el color. El árabe apenas puede practicar otro arte que el de la palabra. No puede edificar palacios o templos con la arena y sobre la arena. Tampoco puede esculpir la arena. No puede pintar en la arena. La palabra, pues, debe hacer las veces de todas las artes. La poesía es el gran tesoro nacional que poseen los árabes. El poeta, entre ellos, es algo muy importante; es, a la vez, sacerdote y médico, arbitro, sabio y jefe, guía o conductor. El poeta posee el arte de endulzar o de envenenar las palabras. Puede curar mediante la palabra; puede desencadenar la cólera, la venganza, la guerra; puede suscitar el amor, la amistad, la paz; puede también matar al enemigo con palabras, igual que si lo matara con flechas envenenadas.

Mahoma y el poeta

En una batalla célebre, según nos refiere al-Isfahant, historiador y poeta árabe del siglo X, en su *Kitáb al-agant* o *Libro de las canciones* (ed. de El Cairo, 1323h., IV, 7), Mahoma no recurre a los guerreros para aplastar al enemigo, sino a su poeta titular Hassán b. Zabít: «Lanza invectivas contra ellos —le dice el Profeta—, y, ¡por Dios!, tu invectiva será más eficaz que la caída de las flechas en la oscuridad de la noche; lanza invectivas contra el enemigo, y Gabriel, el Espíritu de Santidad, estará contigo». In una época, en la que los primeros rasgos de las grandes lenguas del Occidente moderno se dibujaban apenas, Arabia, esa tierra apartada, poesía ya, en su poesía preislámica, una literatura clásica, lírica, en la casida, que incluye necesariamente el *nasib* o poema amoroso, y épica, en los *Ayyam al-arab* o *Jornadas de los árabes*, viejos cantares de gesta que narran los combates que las tribus árabes sostenían entre sí antes del Islam y en los primeros tiempos de éste.

Con razón Ibn al-Jatíb, poeta granadino del siglo XIV, afirmaba, citando a un sabio persa: «La poesía es adorno de la lengua, senda de la elocuencia y armonía de la palabra, que se puede comprender y adquirir por todos sin restricciones, si bien entre los árabes es esencia (*Jawarí*) y en los no árabes es artificial (*sinái*)».

Propaganda y polémica

Ya, desde los primeros tiempos, los autores clásicos reconocían esta importancia y hablaban de la poesía y de la oratoria como de las dos artes más admiradas por los árabes, destacando el papel del panegírico y de la sátira en la propaganda y en la polémica. Desde los tiempos más antiguos y, en cierto modo, incluso hoy, hay una cualidad mágica en las alabanzas prodigadas a un gobernante y en las imprecaciones lanzadas contra un enemigo. Es significativo, sin duda a este respecto, que el término árabe para designar la «sátira», «hija», entre otros significados expresa también la idea de «realizar sortilgios contra alguien».

Es que la palabra, en el mundo árabe, tiene valor mágico. Y en un mundo en donde el Verbo tiene tanta importancia, en donde una arenga, un discurso conciso puede remover la situación, se comprende bien que toda autoridad personal deba reforzarse con el propio don de la palabra, cualidad que no debe faltar a ningún adalid. En él son admiradas, ciertamente, su valentía en la guerra, su grandeza de ánimo ante la prueba, su longanimidad ante el insulto y la injuria, su clarividencia en las decisiones, pero son tan admiradas su ponderación y moderación en los discursos. Dado el sentido práctico, tan arraigado entre los árabes, éstos no deben ceder nunca al exceso en la elocuencia o a la exuberancia verbal, sino que, por el contrario, deben de replegar, de condensar sus pensamientos en frases lapidarias. Esta plática cabal y cumplida es la que se resalta, repetidamente, en los paladines del *Libro de las batallas*, precioso texto aljamiado, en el que un morisco anónimo del siglo XVI describe, en caracteres árabes pero en lengua española, las épico-caballerescas expediciones guerreras, tradicionales y maravillosas, de los primeros tiempos del Islam. En la leyenda de Mahoma y al-Hariz, por ejemplo, se dice del profeta que «fizo una plática muy cumplidamente, que se arrasaban della los ojos del agua, i clareaban los coracones de deseo del aljamia (es decir, *el paraíso*) i de temor del fuego».

Vestido d modo musulmán

Entre los años 995 y 1017 reinó en Castilla el arabizado conde Sancho García, que, según la *Crónica General*, era «muy hardit[^]t atrevudo, e muy en-derecado: assí que a los nobles pujó a mayor nobleza, et a los menores minguó

la su grand servidumbre». Pero la historia árabe nos ha conservado también la descripción, que contrasta reveladoramente en su estimativa, de la personalidad del conde castellano. Sancho García, camino de Barcelona, pasó ante las puertas de lúdela y manifestó sus deseos de entrevistarse con algunos notables de la ciudad, y uno de ellos, Abü Humayya b. Hijám, refirió al historiador Ibn Hayyán:

«Al llegar a su tienda le encontramos sentado en un estrado, cubierto de almohadones, y vestido al modo musulmán; tenía la cabeza descubierta, y sus pocos cabellos comenzaban apenas a encanecer. Nos *dirigió la palabra con gracia y elegancia*, explicó el motivo de su marcha y mencionó el pacto que había hecho con nuestro príncipe» (el subrayado es mío).

Y prosigue Abü Umayya:

«No he visto nunca, entre los cristianos, guerreros como los de Sancho, ni, entre sus príncipes, quien le igualara en gravedad de ademán, en valentía viril, en claridad de mente, en conocimientos, en *eficacia de palabras*» (sigue siendo mío el subrayado).

Insiste el noble de lúdela, en contraste con la descripción de la *Crónica General*, sobre la elegancia y eficacia expresivas del conde castellano. Y este énfasis, puesto por los árabes en el rigor del verbo, es el mismo del juglar del *Poema del Cid*, cuando nos dice de su héroe:

Pabló mío fíd bien e tan mesurado (v.7).

Esta expresión ha de referirse, sin duda, a la idea árabe que tanta importancia concede a la elegancia y ponderación en el discurso, y está en estrecha relación con la «plática cumplida» del *Libro de las batallas* y con el elogio de Abü Umayya al conde castellano.

En relación con este valor mágico de la palabra, recordemos que el caballero árabe era él mismo generalmente poeta. Al primo y yerno del Profeta, al Alí histórico se le atribuye un *diwán* o colección de poemas, y, en las leyendas aljamiadas del citado *Libro de las batallas*, cada vez que sale al campo a pelear recita una o varias coplas. Un ejemplo: en la batalla contra los de al-Azyad, cuenta el relato morisco:

«Después sallió un fijo de amí (= *un hijo del tío*, es decir, *un primo*) del muerto i dixo sus coplas, i dezía:

—Yo so Alí, caballero de los caballeros, i Al.lah grande es su fecho, i éste es Muhammad que viene con la declaración (es decir, *la religión del islam*)', oy es el día del ferir i golpear».

En estas coplas es fundamental la invocación a sí mismo, es ésta una característica general de toda la literatura caballeresca árabe. Pero, desde nuestra perspectiva, nos interesa señalar este hecho en relación con la literatura épica castellana. En el *Poema del Cid* encontramos el mismo detalle: el Cid grita su nombre para animar a sus huestes en forma idéntica a como vemos en la literatura caballeresca árabe:

A grandes voces llama el que en buen ora na?ió:
«Feridlos, cavalleros, por amor del Criador! Yo
so Roy Díaz, el fíd de Bivar Campeador».

(w.719-721).

*Valor mágico
de la palabra*



Y esta invocación propia, como grito de guerra para animar a los suyos, se repite en otros poemas castellanos (*Poema de Fernán González*, *Poema de Alfonso XI*). Es también regla que don Juan Manuel da al caudillo, en su *Libro de los Estados*, para esforzar a su gente en la pelea: «Débese nombrar muchas veces a sí et a su apellido, e mandar que digan todos: feridlos, que vanse e vencidos son».

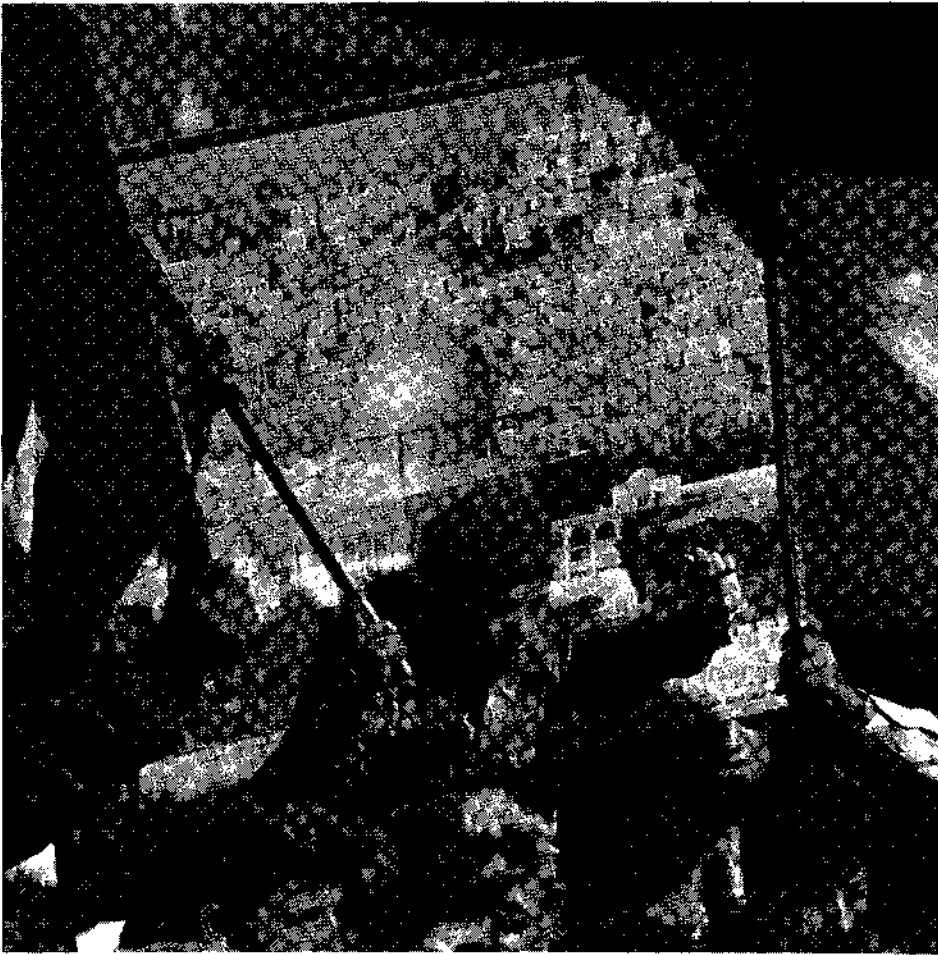
La coincidencia temática, en este caso, nos hace percibir, y eso es lo importante, el proceso existencial de la vida árabe, transferido, en alguna medida, a la épica o a la literatura didáctica castellana. La invocación propia, para reforzar el valor de las huestes, está en relación con el motivo de la jactancia, *delfahr* de la poesía árabe. No es sorprendente que el poeta granadino, anteriormente citado, Ibn al-Jatib, en una obra de título significativo a nuestro respecto, *Libro de la magia* (al-sihr) y *de la poesía* (al-si'r) —en donde la magia no es sino uno de los dos aspectos de la Poética—, se dedique un capítulo entero *alfahr* o a la jactancia, en el que se citan versos de diferentes poetas, como los que siguen:

¡Pobre del que intente rivalizar conmigo! De nada le servirá. ¿Cómo va a poseer una nobleza de linaje semejante a la mía?

Di al que me puso frente a las fuerzas del Destino:
¿No ves cómo el mar hace emerger a su superficie los cadáveres?

La gloria la he conseguido por mí mismo, no por mis antepasados.

Hasta tal extremo son reconocidos mi clarividencia y mi instrucción, que puedo considerarme entre los agraciados por la fortuna.



Resulta imposible encontrar un término romance válido para reproducir el vocable árabe *fahr*. La raíz *fhr*, de la que deriva la voz árabe, enuncia el concepto español de «gloria» con el matiz de «vanagloria», «jactancia». La palabra evoca una actitud que lleva al protagonista a individualizarse dentro de su grupo, de una parte, y a presentarse ante el enemigo haciéndose prevalecer de sus méritos y de sus éxitos personales o de los de su familia o clan. Por un instante el protagonista se convierte así, en el centro del universo, en una actitud jactanciosa, desde el punto de vista occidental, tratando de proyectar su «yo», soberbio y sin reproche, a la villanía de un adversario sin dignidad y sin gloria.

Así vemos, al caballero árabe, según rasgo característico de su existencia, sumido en un juego ambivalente y oscilante: un individualismo, que le lleva a rechazar toda rivalidad, a afirmar los principios imprescriptibles de su «yo» frente a la colectividad, y, de otra parte, una ligazón a su grupo social de una profundidad y de una espontaneidad que pueden ir hasta el sacrificio total de la persona.

Américo Castro ha destacado la importancia, en relación con la muslemía, concedida, en la Castilla de la alta edad media, a la calidad de la persona como sede de valores sociales. Su actitud consistía en vivir como una persona y en personalizar la vida en torno, encastillándose en el valor intrínseco de sus personas, subordinando otros ideales sociales a la primacía de la persona, a su voluntad imperativa, al propósito de mantenerse en alto y por encima de todo. En este sentido, la expresión del *Poema del Cid*, «Yo so Roy Díaz», en relación con el «Yo so Alí» del texto aljamiado, nos pone de relieve el desarrollo de tendencias genéricas en la literatura castellana de acuerdo con formas islámicas de la experiencia íntima.

*En el centro
del universo*

*Caballero
y poeta*